

VIRGINIDAD DE JESUCRISTO

Diccionario Teológico de la Vida Consagrada (pgs. 194-201; 204-206. José Cristo Rey García)

1. El fundamento

1. LA VIRGINIDAD COMO CARISMA

La virginidad o el celibato cristiano es un “carisma”. Lo cual significa que es un don que el Espíritu Santo concede a ciertas personas. La virginidad no ha surgido de la iniciativa de los hombres. Es el resultado de una inspiración de Dios. Una gracia que no todos reciben, ni comprenden. Tiene su origen en el Espíritu de Dios, que sopla como quiere. En cuanto carisma, la virginidad es un *don germinal* que no se despliega sin la colaboración de la libertad. El Espíritu que concede el don de la virginidad sin la iniciativa del hombre, no lo lleva a plenitud sin su libre colaboración. Por esta condición carismática, la virginidad no se confunde con la soltería o celibato, que algunos hombres o mujeres asumen por libre decisión, o a quienes las circunstancias de la vida se lo imponen. La condición carismática de la virginidad comporta, asimismo, una esencial referencia a la edificación de la iglesia. Como los carismas, también la virginidad construye a la comunidad.

La virginidad ha sido experimentada en la vida consagrada como un carisma para el seguimiento de Cristo. A través de ella el Espíritu configura al religioso con la virginidad de Jesucristo; hace que «represente en la iglesia» el estilo de vida virginal de Cristo Jesús. Desde esta perspectiva, la virginidad no se identifica primariamente con una opción *por Jesucristo*, sino más bien con una opción *en Jesucristo*; no consiste en optar por Jesucristo, sino seguir a Jesucristo para optar por lo que El optó.

Emerge la virginidad allí donde el creyente es llevado por el Espíritu a vivir de *una peculiar* la «unión» e identificación con Jesús, que hace que la virginidad del Señor florezca en su propia persona por obra del Espíritu. Por el carisma de la virginidad el creyente participa de la misma condición virginal del Señor Resucitado y de su anticipación profética en el Jesús histórico.

La identidad teológica de la virginidad se descubre, sobre todo, en Jesucristo. El es la revelación y el sentido último de la virginidad. Lo mismo cabe decir de la pobreza y /obediencia cristianas. No obstante, la pobreza y la obediencia, como la esperanza y la fe, pertenecen a las estructuras de este mundo que pasa; la caridad y la virginidad no pasan nunca, pues revelan la condición permanente del hombre. La virginidad define la condición permanente del Resucitado, el estilo de su amor.

La virginidad ha sido entendida también como un carisma simbólico que expresa la condición virginal de la iglesia, esposa de Cristo. Asumiendo esta perspectiva, la virginidad se identifica con una *opción* por Jesucristo, como la esposa por el esposo.

El carisma de la virginidad tiene, pues, una doble vertiente: su función en el acontecimiento del Reino de Dios y su función en el acontecimiento de la Iglesia.

2. LA VIRGINIDAD DE JESUCRISTO

Si en Jesucristo se revela y descubre qué es la virginidad cristiana, es necesario tomar a Jesús como punto de partida.

a) *Virginidad-celibato y sus motivaciones*. Entendemos por virginidad, en un primer significado, la condición de integridad corporal resultante de la ausencia de relación sexual y de maternidad; dado que sólo en la mujer son apreciables los signos de la virginidad, este término suele ser referido a ella. En cambio, el término *celibato* suele ser referido a aquellos hombres varones que han renunciado al matrimonio. Célibe no es únicamente el soltero, sino aquel que decide permanecer siempre en esa condición. En este sentido, Jesús de Nazaret renunció al matrimonio y vivió desde la condición del celibato. Sería preferible hablar del celibato de Jesús. Y con relación a María, su Madre, lo correspondiente sería hablar no de su celibato, sino de su virginidad.

El celibato suele estar frecuentemente unido a motivaciones religiosas -como el / monacato- o sacrales -como el sacerdocio-. En unos casos se descubre en el celibato la condición óptima para la liberación interior y la dedicación a la contemplación; en otros, el modo de conseguir la pureza ritual que exige el culto divino.

b) El *celibato por el Reino de Dios*. El celibato de Jesús adquiere todo su significado cuando se comprende su motivación y se incluye armónicamente en su proyecto existencial. Jesús no fue ni un monje, ni un sacerdote. El asumió la condición celibataria, según el testimonio de Mateo, «por el Reino de los cielos» (Mt 19, 21).. Su celibato, su *enouchia*, que aparecía como un estilo alternativo de vida, tenía una honda significación profética: era símbolo de la relación de su persona con el Reino, pero al mismo tiempo un instrumento privilegiado para hacer presente el Reino.

El Reino no es una cosa, o una realidad impersonal. Es el *Reino de Dios*, o es el acontecimiento de Dios reinando como Padre en el mundo de los hombres. Allborea el Reino cuando Dios Padre, por medio de su Hijo Jesús y del Espíritu, comienza a ejercer sus derechos de Padre Universal de todos los hombres, los convoca y reúne para la gran comunión fraterna y hace de cada uno de sus hijos un hombre libre y solidario, señor de la creación, heredero universal. El celibato de Jesús queda, pues, definido por todas las dimensiones constitutivas del acontecimiento del Reino: es un celibato que revela un nuevo estilo de relación filial y mística con Dios, de relación fraterna, comunitaria y diaconal con los hombres y de relación señorial con las cosas. Así el celibato de Jesús es símbolo, parábola del Reino, dado que sólo en él se encuentra su justificación. El Reino fue para Jesús su gran *misión* histórica, el motivo de su encarnación. Por lo cual, no hay que buscar razones metafísicas para justificar el celibato de Jesús, como si el matrimonio hubiera sido absolutamente incompatible con su condición de Hijo de Dios. Fuera de las coordenadas del Reino no se puede hablar de celibato cristiano. Por consiguiente, utilizaremos las coordenadas del Reino para esclarecer el significado del celibato cristiano tal como se realiza en la vida consagrada.

Jesús realizó su misión de servicio al Reino asumiendo «un cuerpo en la carne» (Col 1, 22); es decir, un cuerpo a quien la carne hacía extremadamente cercano y vulnerable a las fuerzas del anti-Reino, como la ley, el pecado y la muerte (cf. Rom 8, 3; Gál 5, 13; 2 Cor 5, 21). El cuerpo de Jesús quedaba así anticipadamente condenado a muerte; a esa muerte que infiere el reino de la muerte. «En este sentido, la muerte para él no es sólo una participación en el destino común, sino una *decisión*»

Al acercarse como mensajero del Reino a la condición humana pecadora, se expuso y arriesgó a morir. Es más, en cierta manera decidió ofrecer su cuerpo a la muerte. En este sentido afirmaba san Gregorio Nacianceno: «Si alguno pregunta por el misterio se sentirá llevado a afirmar, más bien, que no fue su muerte una consecuencia de su nacimiento, sino que él nació para poder morir» 14. En su cuerpo llevaba Jesús los signos de su decisión. Mientras la mayoría de los hombres desean arrebatarse a la muerte su poder y aprovechan el espacio que les deja para vivir, engendrar y perpetuar de algún modo su existencia, Jesús aparece como aquellos para quienes se ha acabado el tiempo. El celibato es para Jesús un signo de la cruz, de su muerte que ya ha cargado anticipadamente sobre sus hombros, la cruz de cada día.

Jesús sabe que su entrega hasta la muerte anticipa el Reino. Por eso tiene prisa; su camino hacia la muerte es veloz. Proclama el evangelio del Reino, como los antiguos heraldos, con una inusitada urgencia: «Tengo que ir a otras ciudades ». El celibato le permite a Jesús una total disponibilidad y movilidad itinerante. Y al mismo tiempo proclama la relatividad de la vida humana en las condiciones del anti-Reino.

No es la muerte-muerte, en cuanto tal, la que inaugura el Reino. Es, más bien, el proceso de su muerte que se va realizando velozmente en Jesús. Jesús muere en la medida en que se sacrifica, se inmola por los hombres. Jesús renunció a la autoperpetuación a través de la generación. Dejó que el amor hasta la muerte secase su cuerpo y lo hiciera incapaz de engendrar la vida. Pero ése era el paradójico camino a través del cual la vida del Reino llegaría hasta nosotros. El cuarto evangelio entiende la existencia de Jesús como una existencia eucarística: como un pan entregado, un vino derramado que, justamente en la oblatividad total, en la muerte vivifica. Jesús muriendo da vida, y vida en abundancia, Jesús no se ha preocupado de sí mismo. No ha protegido, ni gratificado su cuerpo. Este ha sido siempre «el cuerpo inmolado», el cuerpo eucarístico, entregado. La muerte en la cruz es el momento supremo de ese sacrificio que se inició en la encarnación. Es el culmen del amor. El momento en el que el Reino del Padre rezuma totalmente a través de la Carne sacrificada del Hijo y de la Carne glorificada por el Espíritu,

En este contexto se puede entender la profundidad del celibato de Jesús. Fue el gran signo existencial de su misión al servicio de la llegada del Reino. Fue una parábola de su muerte, decidida por amor. Así se puede entender en toda su hondura la frase de Pablo: «Me amó y se entregó por mí» (Ef 5, 2-5; Gál 2, 20).

c) El Cuerpo virginal del Resucitado. Según la carta a los Hebreos, la resurrección y glorificación del cuerpo de Cristo, en vez de abolir el sacrificio de su Cuerpo, lo hacen presente, perenne. El Reino en su plenitud escatológica es el mundo del Cuerpo Resucitado de Jesucristo en su nueva forma de existencia (Rom 8, 19-24; 2 Cor 5, 17; Gál 1, 4). En el Cuerpo resucitado del Señor sí que aparecen las marcas de su celibato. Es un Cuerpo en perenne actitud de oblación. No es un Cuerpo que se reproduce, sino que todo lo incorpora a sí, el que todo lo atrae a sí. Y atrayéndolo lo resucita, le da vida eterna. Por el Espíritu, «el árbol seco» se convierte en árbol frondoso que da vida y que permanece para siempre. El Espíritu se ha apoderado, por medio de la Resurrección, completamente de la corporeidad virginal de Cristo y ha desatado en ella toda su riqueza y significado.

Sólo en la comunión con este Cuerpo encuentra el hombre la salvación. Pero también el cosmos. Si este Cuerpo no fuera virginal, no estuviera penetrado por la fuerza totalmente extática del Espíritu, la salvación del Reino no llegaría a todos los hombres, al universo. Mas la realidad es diversa: es el Cuerpo que se entrega. La carta a los Efesios lo compara al Cuerpo del Esposo que se entrega a la Esposa, la iglesia, mientras todavía ésta peregrina en la historia, pero que espera unirse definitivamente a ella en las bodas escatológicas en un éxtasis sin fin (Ef 5, 21-33).

A partir de esta primera y única virginidad se ha introducido en la historia aquella tensión según la cual todos los cuerpos humanos caminan hacia la plenitud de la relación con el Cuerpo resucitado de Jesucristo. Donde esta tensión se hace más palpable es en la iglesia, que es la Esposa. Ella es la meta del amor virginal del Esposo. Es la llamada al seguimiento y a la identificación total con el Esposo. Ha sido destinada a participar de la virginidad sponsal de Jesucristo. La iglesia es al mismo tiempo Virgen y Esposa. Por eso se expresa lo que ella es a través del matrimonio y de la virginidad de aquellos que son sus miembros. También por ello encuentra su imagen prototípica en aquella mujer que fue al mismo tiempo virgen y esposa: María.

d) Una visión integral del celibato virginidad de Jesús. Si es cierto que el celibato cristiano se inspira en el celibato histórico de Jesús de Nazaret, también es decisivo añadir que el acontecimiento de la Pascua lo revela y lleva a cumplimiento, porque en él el Reino adquiere su configuración definitiva. A través del acontecimiento pascual el celibato de Jesús deviene virginidad sponsal y eterna. O dicho de otra manera, el cuerpo histórico de Jesús, caracterizado por su celibato por el Reino, se convierte en Cuerpo espiritual, Cuerpo virginal y sponsal. Ese Cuerpo virginal dice una relación íntima a su

Esposa, que es la iglesia, y a la cual recrea con su misma virginidad. A la donación virginal del Esposo debe corresponder la donación virginal de la Esposa. Aquí la virginidad no se define por la falta de sponsalidad. Es más bien la sponsalidad en su grado supremo. No se define por la falta de unión: es la unión corporal-espiritual en grado sumo; ni por la ausencia de fecundidad: es la fecundidad como vida que resucita. La iglesia santa e inmaculada no tiene aún una «pureza completa», tiene que implicarse en ese don. Por eso, el apóstol tiene miedo de que la Esposa pueda ser seducida como lo fue Eva ". Matrimonio y virginidad son, pues, los dos signos que hacen memoria en la iglesia de la virginidad esponsal del Señor y expresan la condición virginal esponsal de la misma Iglesia.

La virginidad consagrada tiene un doble campo de significación: es, en primer lugar, representación de la virginidad esponsal de la iglesia, enamorada del único Esposo, Cristo; en este sentido, la virginidad es una opción totalizante por Cristo; es una exageración profética de la sponsalidad virginal de la iglesia con relación a Cristo: las vírgenes ejercen una especial representación de aquello que la iglesia es por vocación y debe ser por su generosa entrega. En segundo lugar, la virginidad consagrada está en una admirable conexión con el celibato por el Reino que caracterizó la existencia histórica de Jesús. El celibato y la virginidad hace, memoria en la iglesia del Jesús histórico y son una expresión del seguimiento radical del Señor al que está llamada toda la iglesia. El celibato por el Reino es también, en el tiempo de la iglesia, una parábola de entrega y Muerte para que surja el Reino,

II. LA VIRGINIDAD DEL SEGUIMIENTO

La virginidad, como seguimiento y configuración con el Jesús histórico, ha de ser reflexionada a partir de cada uno de los elementos constitutivos del acontecimiento del Reino de Dios. En él pueden distinguirse cinco dimensiones: 1) místico-religiosa; 2) antropológico- teológica; 3) comunitaria; 4) misionero-diaconal -política, y 5) ecológica; porque el Reino inaugura la revelación de una nueva imagen **de Dios, de una nueva identidad del hombre -en su esfera personal y colectiva-** , **una nueva relación** con la **naturaleza**. Por esto, el celibato por el Reino, entendido a partir de estas claves, manifiesta toda su riqueza carismática.

1. VIRGINIDAD EN PERSPECTIVA MÍSTICO-RELIGIOSA. Quien ha recibido el carisma de la Virginidad se identifica con Jesús en su *Modo peculiar* de relacionarse con Dios. Lo que define, ante todo, la identidad de la condición virginal es el tipo de relación que se establece con Dios, o lo que podíamos llamar su dimensión mística.

a) *La virginidad como actitud de filiación divina*. Decía bellamente san Gregorio de Nisa que «es paradójico que la virginidad se encuentre en un Padre, que tiene un hijo y lo ha engendrado sin pasión» . La relación eterna del Padre con el Hijo es una relación virginal. «Tan grande es la potencia de la virginidad, que ella mora en los cielos junto al Padre de los Espíritus, que ella danza en coro con las potencias hipercósmicas y que ella se aplica a la salvación del hombre; porque ella induce a Dios, por su mediación, a participar aquí abajo la vida humana; ella da alas al hombre para elevarse en ella misma hasta el deseo de los bienes celestiales; se ha convertido en algo así como un lazo que asegura la familiaridad del hombre con Dios por su mediación; ella lleva al acuerdo a dos seres de naturalezas tan distantes». El Padre engendra al Hijo a través de la potencia virginal del Espíritu.

A la relación virginal del Padre con el Hijo, responde el Hijo con una relación de amor total, que no puede polarizarse en otro ser, ni encuentra su fecundidad fuera de Dios. Dios Padre es para Jesús «lo absoluto» y, ante El, todo lo demás se torna «relativo», contingente. Dios Padre es para Jesús el «digno de ser amado» sobre todas las cosas, porque no hay realidad que se le pueda comparar en belleza, en bondad, en riqueza existencia] y en capacidad de atracción. El eros de Jesús quedaba totalmente electrizado por la belleza, la bondad del Padre. Si el Padre encuentra en el Hijo todas sus complacencias,

también el Hijo encuentra en el Padre todas sus complacencias. El cuarto evangelista ha sido quien más ha insistido en la relación única, virginal, de Jesús con el Abbá. La relación del Padre con el Hijo es de tal intensidad que el Padre todo lo realiza «en el Hijo». De la misma forma, la relación que el Hijo establece con el Padre es de tal intensidad de amor que el Hijo todo lo vive «de cara al Padre» y «en El». Pero este tipo de relación no es aún la explicación del celibato de Jesús. El no fue célibe sólo por Dios.

La relación del Padre y el Hijo está mediada por el acontecimiento del Reino, por la voluntad del Padre. Es decir, las relaciones mutuas entre Jesús y el Padre no pueden entenderse a históricamente. Son relaciones que se establecen dentro del proceso histórico de una humanidad, sometida al poder destructor del pecado y en la que Dios Padre ha decidido establecer su soberanía paterna y liberadora. Para ello, Dios Padre envía a su Hijo al mundo. Para Jesús, el Padre y el Reino no son dos dimensiones diversas. Son una única realidad. Así se expresa en ese compendio de su evangelio que es la oración del Padre nuestro: «Hágase tu voluntad, sea santificado tu nombre, venga tu Reino», que son expresiones diversas de una misma y única realidad. Esto quiere decir que, para Jesús, lo único absoluto, digno de ser amado, es el Reino de Dios, o el acontecimiento de su Padre reinando, apoderándose del corazón de la humanidad, derramando su amor paterno en toda la creación. El Reino es Dios y los hombres y la creación. El Reino es la Alianza que reconcilia la familia y la creación con el Abbá. Es tal la fuerza de seducción que el Reino ejerce sobre Jesús, que El queda incapacitado para el matrimonio. Puede autodefinirse como un «eunuco por el Reino».

El celibato de Jesús no surge, por tanto, de una necesidad metafísica; como si fuera incompatible el amor total del Hijo al Padre en el matrimonio, o como si el Padre no pudiera tolerar un amor así, la mediación matrimonial puede ser una mediación de gracia y, en ese caso, lo habría sido. Lo que impide el matrimonio de Jesús es, más bien, la lógica misma del Reino, que era toda la razón de vivir de Jesús. El debía ser el mediador del Amor universal del Padre a todos los hombres, la parábola del Dios Esposo de su pueblo; El no fue enviado para formar una familia, sino para reunir a todos los hijos de Dios dispersos, a hacer de la humanidad dividida una sola familia. Jesús traía en su humanidad el sello del Padre, es decir, del amor universal y total del Padre por cada uno de los hombres. El venía a dar vida a todos, y vida abundante y eterna. Mas a esto se une la gratificación absoluta que Jesús encontraba en su relación con el Padre. En Jesús no impera la necesidad de] deseo, porque el Padre le colma todo deseo. Su relación misteriosa con la Plenitud le hace superflua la necesidad de saciar su afectividad en la opción amorosa por una sola persona. Estas reflexiones pueden explicarnos por qué Jesús, al llegar a sus treinta años, no se había casado.

b) *Dimensión místico-religiosa de la virginidad* La virginidad por el Reino, como seguimiento de Jesucristo, es, ante todo, una forma peculiar de relación religiosa. Es, ante todo, una peculiar experiencia de Dios como Padre, como fuente virginal y absoluta de la propia existencia, de la propia vocación. Quien ha recibido el carisma de la virginidad percibe de una manera especial el «Tú eres mi Hijo», que Dios Padre le comunica por medio de su Palabra. Se siente aliado con la suerte de Jesús, el Hijo por excelencia. La seducción del Padre es de tal Potencia que en la propia existencia se impone el «vivir sólo para Dios»

Tanto en su experiencia de filiación divina como. en su respuesta filial, quien ha sido agraciado con el carisma de la virginidad se encuentra solo ante Dios. No comparte su existencia con otra persona, como en el matrimonio. «El amor conyugal lleva a un compromiso profundo con otra persona y ese compromiso afecta las demás dimensiones de la persona, incluso su religiosidad. El amor célibe, donación de sí como todo amor, se presenta ante todo como un amor universal, que excluye todo compromiso determinante con cualquier persona. El compromiso se toma con esa fuente de todo amor y fondo de toda bondad que es Dios. Que un amor sea universal quiere decir, por una parte, no que se queda en el aire, sino que está dispuesto a vivir esa relación de amor religiosa con toda persona que entre en nuestros horizontes»

El esposo o la esposa, cuando se aman auténticamente, se sitúan ante Dios como pareja; cuando tienen hijos se sitúan ante Dios como familia; en la experiencia religiosa, tan honda y omni-abarcante no puede faltar esa prolongación vital del cónyuge y los hijos. El célibe, la virgen, sin embargo, se encuentran ante Dios «solos». El es para ellos «su todo». La vivencia de la virginidad coincide con la vivencia apasionada de la filiación divina como pertenencia exclusiva a Dios. El célibe, la virgen, encuentran en Dios su «única familia». No hay que olvidar que la llamada al seguimiento por parte de Jesús comportaba «dejar al padre», porque en la comunidad del Reino no hay «padres»: «Uno solo es vuestro Padre». El célibe, la virgen no tienen «hogar»- como el Hijo del Hombre, no tienen una familia una esposa o esposo, unos hijos, un hogar «donde reclinar' la cabeza» .

Esta relación de exclusividad con Dios Padre se produce dentro del contexto del Reino. Es decir, el *solus Deus* es lo mismo que *solum regnum*. El célibe, la virgen, están polarizados por la pasión por el Dios del Reino o el Reino de Dios, El «sólo Dios» incluye paradójicamente «todo en Dios». La filiación con relación al Padre es, asimismo, servicio con relación al Reino, La virginidad es un dejarse conquistar por el dinamismo del Reino, por la totalidad. La razón de la virginidad es el Reino de Dios porque lo es el Dios del Reino. El amor virginal une la pasión por el Uno, con la pasión por el Todo. Es amor único Y exclusivo, al mismo tiempo que es amor universal y omni-inclusivo. Esta es la fundante dimensión mística de la virginidad, que identifica con una de las experiencias más hondas del Jesús histórico y manifiesta, por otra parte, cuál es la fuente en la que calma su sed la natural necesidad de afecto, de familia del hombre o mujer que viven en virginidad.

3. VIRGINIDAD EN PERSPECTIVA COMUNITARIA

a) *La dimensión comunitaria del celibato de Jesús*. El amor virginal tiene una inmediata repercusión en el entorno, y explica por qué Jesús formó una comunidad: la familia escatológica de los que escuchan la Palabra del Padre y la ponen por obra (Mc 3, 34-35). Quien, como El, reconoce y ama a Dios como Padre, se ve impulsado a reconocer y a amar a los hombres, hijos de Dios, como hermanos. De hecho, la comunidad de Jesús era una exagerada vivencia de la fraternidad: formó con aquellos «que el Padre le había dado» Jn. 17, 11) una comunidad permanente, que debía ser el símbolo del Reino, de la reunión de todos los hijos de Dios dispersos. En la comunidad de Jesús se hacía realidad aquel *logión*: «Todos vosotros sois hermanos Uno solo es vuestro Padre» Mt 23, 9). Bajo la llamada de Jesús, los que tenían diferentes procedencias quedaban fraternizados. Jesús los reconocía como hermanos (Jn 20, 17) y como amigos (Jn 15, 15) a quienes se confían los más hondos secretos del alma. Esto le llevó a escribir al gran teólogo Karl Barth: «Es un hecho cierto que Jesucristo mismo, de cuya verdadera humanidad nadie duda, no ha tenido otro amor, otra novia, otra esposa, otra familia, otra casa que su iglesia» o su comunidad.

Jesús renunció efectivamente a formar *una* familia; pero su proyecto era dedicarse totalmente, en alma y cuerpo, a formar *la* familia del Reino de Dios en la que debían integrarse todos los hombres. Inició semejante macroproyecto constituyendo la pequeña comunidad de «los que estaban con El» (Mc 3, 14). Esa comunidad no nacía, ni se reproducía por el poder de la carne, ni de la sangre, ni del deseo, sino de la Palabra de Dios. Escribió bellamente san Jerónimo: «Cuando el Hijo de Dios descendió a la tierra, inmediatamente se formó una nueva familia».

No deja de ser llamativo el hecho de que Jesús no vivió el celibato de la «soltería», de aquel que vive solo, sino el celibato de la comunión. Su virginidad no fue esterilidad; logró crear en torno a sí un ámbito donde los hombres fraternizaban, se encontraban, actuaban concordemente. Emergía en torno a Jesús y, a partir de El, un tipo alternativo de comunidad. Si antes la comunidad matrimonial era la única capaz de propagar el Pueblo de Dios, de aumentar la posteridad de Abraham y hacer crecer la esperanza de Israel, ahora en el tiempo de Jesús, realizará esta función la comunidad de fe, congregada desde y en torno a la Palabra del evangelio. Esto demuestra que «el matrimonio ya no es indispensable para la propagación del Pueblo de Dios» .

b) *Dimensión comunitaria de la virginidad.* El amor virginal es experimentado dentro de la vida religiosa como una fuerza creadora de comunidad. Es, en primer lugar, el tipo de amor que caracteriza la paternidad y maternidad espiritual de los Fundadores; engendran familias religiosas por obra del Espíritu. Es el amor que impulsa a los convocados por el Señor a vivir como hermanos. Es el amor que impulsa a formar una comunidad de amistad, que tiene un «solo corazón» y los mismos sentimientos, superando los lazos que nacen de la carne, de la sangre, del ero.

El amor a Dios «con todo el corazón» (dimensión religioso-mística de la virginidad) tiene su continuidad y su reflejo en el amor al hermano «con todo el corazón», según la interpretación mesiánica que Jesús hace del mandamiento principal (Mt 22, 35-40; 1 Jn 4, 20). Por eso, la comunidad ideal era, para los primeros cristianos, aquella que «tenía un solo corazón» (He 4, 32). en la que todos eran y se llamaban «hermanos». También la comunidad formada desde la virginidad comporta una intensificada experiencia de fraternidad, Los miembros de la comunidad se sienten convocados por el mismo Padre. En El y desde El se van descubriendo como destinados a ser hermanos para siempre, para la eternidad. La virginidad lleva a contemplar a los más prójimos como la nueva familia y a comprometerse para ir haciéndola realidad. Virginidad sin fraternidad es colateralmente negación de la paternidad universal de Dios. De hecho, así entendieron Pacomio y Basilio, y más tarde Francisco, la comunidad monástica o conventual: como «fraternidad» (*adelphotes*).

La comunidad religiosa tiene la misión . de convertirse en una experiencia intensa y significativa de fraternidad en el mundo. En la comunidad virginal los desconocidos, los extraños y extranjeros, los de diferentes razas, se redescubren como hijos de un mismo Padre y como hermanados en Jesús, el Hermano Universal. El amor fraterno es el dinamismo que todo lo vivifica; hasta la misma ' autoridad carismática es expresión del amor y servicio fraterno. El hecho de que cada religioso esté «solo» ante sus hermanos permite una peculiar intensificación de la experiencia de fraternidad.

La fraternidad virginal puede y debe ser entendida a la luz de la amistad. San Agustín entendía el monasterio como una comunidad de amigos, en donde se hacía realidad el ideal de la iglesia de los *Hechos*. La soledad virginal no es incompatible con la amistad: «La virginidad consagrada crea una formidable capacidad para la verdadera amistad». El ideal de la vida religiosa en virginidad consiste en formar auténticas comunidades en las que todos se sientan amigos, tengan «un solo corazón», «sean todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos» (Filp 2, 2). El difícil y arduo ideal de la amistad con todos es un don del Espíritu. En cuanto tal, la amistad asume conformaciones diferentes en cada una de las relaciones interpersonales y, lógicamente, reviste diversos grados de intensidad que han de estar en situación de superación permanente.

Por su misma configuración, la virginidad cristiana tiende a establecer relaciones de amistad, que han de ir creciendo intensiva y extensivamente. La estructura comunitaria ofrece una oportunidad excelente para cultivar día a día el don de la amistad. En la comunidad no debe ser únicamente Jesús quien llame amigos a los discípulos, sino que ellos mismos han de luchar para serlo entre sí. Una comunidad que no proyecta tender y luchar por ser comunidad de amigos nunca podrá tener «un solo corazón». Pero, al mismo tiempo, frustrará el dinamismo de donación y generación de comunión que está dado con el don de la virginidad .

4. VIRGINIDAD EN PERSPECTIVA DIACONAL O MISIONERA

La dimensión misionera del celibato de Jesús. Jesús asumió el celibato «por el Reino de Dios». Por el Reino, Jesús creó en torno a sí una comunidad. Por el Reino, El y su comunidad se pusieron al servicio de todo el pueblo, especialmente de los más necesitados. El celibato por el que Jesús opta cualifica su estilo de misión.

Ser «célibe» por el Reino es una condición existencial que hace a Jesús cercano a todos los que son «célibes» por otras razones: a quienes lo son contra su propia voluntad, porque dadas las circunstancias históricas o vitales no han podido contraer matrimonio ni crear familia; a quienes por fracasos matrimoniales viven en la soledad, sin esperanza y sin ayuda; a los ancianos abandonados y sin familia; a los jóvenes «que a menudo sufren, más que los de otras edades, bajo aquella secreta falta de esperanza y aquella resignación que se agita en nuestras almas como una enfermedad social». Así como la pobreza hizo a Jesús cercano a los más pobres, así el celibato lo aproximó a los solitarios de la tierra. El celibato se revela así, en Jesús, como un aspecto singular de su amor preferencial a los más pobres; un amor que le dejó marcado en su misma carne. Lo que otros eran por necesidad, El lo fue por amor. En su cuerpo llevaba el signo de su predilección por ellos. Así, a través de **la persona de Jesús pudo llegar el Reino del Abbá hasta una** de las situaciones más desgraciadas del hombre: la soledad.

Jesús proclamó con su celibato que todo hombre, toda mujer, sin excluir absolutamente a ninguno, y principalmente los más solitarios de la tierra, estaban llamados a formar la única familia de los hijos de Dios. Se sentía el agente de la gran reunión familiar de todos los hombres. Su mensaje, sus palabras, sus gestos vitales proclamaban a todos los vientos el deseo del Padre de que todos los hombres tuvieran «un solo corazón». Por todo esto, el celibato de Jesús contenía una provocadora fuerza política. Se oponía a una sociedad cerrada, excluyente y discriminadora. Llamaba a todos a superar los estrechos márgenes de la familia, para crear una gran familia de todos. En el Reino tienen cabida, según Jesús, los ciegos, los cojos, los leprosos, los paralíticos, los muertos, los pobres y por eso, llega a decir: «Bienaventurado quien no se escandalice de mí» (Mt 11, 6). Cuando se introduce en la sociedad la dinámica del celibato por el Reino, surge la extrañeza, la inquietud y tal vez la oposición de aquellos que no desean ver modificado el esquema de sus relaciones humanas. La profecía del celibato denuncia la marginación afectiva a la que están sometidos millones de personas humanas y proclama una propuesta desestabilizadora de ese status quo. De ahí procede el escándalo.